

Posthegemonía y postsubalternidad: desencuentros del latinoamericanismo frente a la “marea rosada”

Posthegemony and Postsubalternity: Disagreements of Latin Americanism Faced with the “Pink Tide”

Pós-hegemonia e pós-subalternidade: desencontros do latino-americanismo face à “maré rosa”

Santiago Acosta

COLUMBIA UNIVERSITY, ESTADOS UNIDOS

Estudiante del doctorado en Culturas Latinoamericanas e Ibéricas de

Columbia University, en la ciudad de Nueva York. Es Licenciado en Letras y Magister Scientiarum en Literatura Venezolana (Universidad Central de Venezuela) y obtuvo una Maestría en Español en San Francisco State University. En Caracas fundó y dirigió, junto a Willy McKey, la revista de poesía *El Salmón*, ganadora del Premio Nacional del Libro en 2010. En San Francisco codirigió la revista académica *Canto: A Bilingual Review of Latin American Civilization, Culture, and Literature*. Ha publicado el poemario *Detrás de los erizos* (Ganador del V Concurso para Obras de Autores Inéditos de Monte Ávila Editores, 2007) y la plaqueta *Caracas* (PLUP, Buenos Aires, 2010). Correo electrónico: s.acosta@columbia.edu

Artículo de reflexión

El presente ensayo fue ganador del premio Ángel del Río 2014, otorgado por el Departamento de Culturas Latinoamericanas e Ibéricas de Columbia University.

Se publica por primera vez en este número de *Cuadernos de Literatura*.

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi: 10.11144/Javeriana.cl20-39.ppdI

Resumen

Este artículo establece un diálogo entre la teoría posthegemónica desarrollada por Jon Beasley-Murray y el postsubalternismo de John Beverley. Se estudia cómo se piensan en estas formulaciones el papel del estado, la vigencia de la nación y, finalmente, el lugar de los reclamos identitarios, territoriales y de representación política de los movimientos sociales latinoamericanos, cada vez más integrados a la estructura del estado en los gobiernos de la llamada *marea rosada*. No se pierde de vista la especificidad del fenómeno venezolano, puesto que en determinados momentos parece funcionar como un caso límite para ambas articulaciones teóricas.

Palabras clave: posthegemonía; postsubalternidad; “marea rosada”; multitud; estado; *yukpa*

Abstract

This article establishes a dialogue between the post-hegemonic theory developed by Jon Beasley-Murray and the postsubalternity of John Beverley. We study how these formulations think of the role of the state, the validity of the nation and, finally, the place of the identity, territorial, and political representation claims of Latin American social movements, which are increasingly integrated to the structure of the state in the governments of the so-called “pink tide”. We do not lose track of the specificity of the Venezuelan phenomena, since at some points it seems to work as a limit case for both theoretical definitions.

Keywords: posthegemony; postsubalternity; “pink tide”; crowd; state; *yukpa*

Resumo

Este artigo estabelece diálogo entre a teoria pós-hegemônica desenvolvida por Jon Beasley-Murray e o pós-subalternismo de John Beverley. Estuda-se como é que nestas formulações é pensado o papel do estado, a vigência da nação e, por fim, o lugar das reclamações identitárias, territoriais e de representação política dos movimentos sociais latino-americanos, cada vez mais integrados à estrutura do Estado nos governos da chamada de maré rosa. Não se perde de vista a especificidade do fenômeno venezuelano, uma vez que em determinados momentos parece funcionar como caso limite para ambas as articulações teóricas.

Palavras-chave: pós-hegemonia; pós-subalternidade; “maré rosa”; multidão; Estado; *yukpa*

RECIBIDO: 11 DE FEBRERO DE 2015. ACEPTADO: 10 DE MARZO DE 2015. DISPONIBLE EN LÍNEA: 01 DE ENERO DE 2016

Cómo citar este artículo:

Acosta, Santiago. “Posthegemonía y postsubalternidad: desencuentros del latinoamericanismo frente a la ‘marea rosada’”. Cuadernos de Literatura 20.39 (2016): 28-40. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.cl20-39.ppd1>



EN EL CONTEXTO de las protestas y hechos violentos ocurridos en Venezuela a partir del 12 de febrero de 2014 se organizaron en algunas universidades de Estados Unidos varios encuentros y conferencias destinados a abordar una misma interrogante: ¿qué estaba ocurriendo en el país que hacía menos de un año había dejado Hugo Chávez?¹ Durante esos mismos meses era común que amigos y colegas demostraran cierta incomodidad ante la situación que se estaba dando en Venezuela y preguntaran igualmente por claves que resultaran útiles para comprender los motivos y posibles consecuencias de las protestas. ¿Cómo habían comenzado?, ¿por qué fueron detenidos estudiantes y dirigentes de la oposición?, ¿era cierto que había desaparecidos y torturados?, ¿de qué sirve a la oposición cerrar las avenidas y calles de la ciudad?, ¿se trataba de un “golpe suave”² o de una “guerra civil de baja intensidad”?³ Sin embargo, seguir las noticias, leer artículos, consultar las encuestas o hablar con amigos, familiares y conocidos de bando y bando ya no eran estrategias efectivas para comprender por qué las tensiones habían llegado hasta ese punto desbordado. Este carácter ilegible que suele acompañar a las crisis que atraviesa el país —al igual que cierta opacidad que sigue cubriendo algunos tramos de su historia reciente, como los asesinatos del 11 de abril de 2002— tal vez se deba a la “saturación ideológica” referida por Julio Ramos en *Latinamericanism after 9/11* (2011), de John Beverley, y que alimenta una “gran industria de la opinión” (142) que, por lo visto, a partir de febrero de 2014 parece contagiar con una nueva intensidad a los medios internacionales.

En el caso de la academia estadounidense, cierta ansiedad por leer lo que se escapa y por domesticar un exceso que parece resistirse a la articulación intelectual ha obligado a quienes se ocupan de estudiar el fenómeno más amplio de la *marea rosada* (o “*pink tide*”) a transformar y ampliar algunas de las categorías teóricas que comúnmente se utilizan para aproximarse a la historia política latinoamericana. Los enfoques son variados y muchas veces las posturas

1 “Venezuela en crisis”, Department of Spanish and Portuguese (New York University), con Gabriel Giorgi, Alejandro Velasco, Peter Lucas, Michel Otayek, Carlos Padrón e Irina Troconis (10 de marzo de 2014); “Venezuela: at the End of the Revolution?”, John Hope Franklin Center (Duke University), con Patrick D. Duddy, Brian Nelson y Miguel Chirinos (7 de abril de 2014); “Venezuela In Crisis”, Center for Latin American and Caribbean Studies (University of Michigan), con George Ciccariello-Maher, Alejandro Velasco y Miguel Tinker Salas (11 de abril de 2014); “What is Happening in Venezuela? Student Movements, Protest & State Action”, Institute of Latin American Studies (Columbia University), con Juan Requesens, Yeiker Guerra, Ernesto Rangel, Daniel Wilkinson y José Moya (21 de abril de 2014).

2 Ver “El ‘golpe suave’ en Venezuela en cinco pasos”.

3 Ver el artículo “Guerra civil de baja intensidad” de Fausto Masó.

resultan opuestas. Mientras una rama deconstruccionista entiende la figura del subalterno como un cuerpo desbordado, que siempre escapa a cualquier intento de representación porque no puede ser reabsorbido por la estructura del estado ni por la idea de nación, otras posiciones consideran la posibilidad de una articulación racional entre el poder del estado y los movimientos sociales que permita responder —desde las estructuras y mecanismos de legitimación ya existentes o posibles— a reclamos originados en las clases subalternas.

Ya en *Subalternity and Representation* (1999) Beverley señalaba una tensión existente entre dos formas distintas de comprender la capacidad de agencia política de los estudios subalternos, una divergencia cuyas consecuencias llevarían, en 2001, a la desintegración del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, activo desde 1992:

Subaltern studies exists in the tension between a project that is deconstructive of the claims of the nation, nationalism, academic knowledge, and the formal political left to represent the subaltern, and a constructive—“strategic,” in Spivak’s sense—articulation (or recognition) of new forms of political and cultural agency. [...] In the first case, it is understood that the unity of the nation-state, along with the idea of political hegemony itself, were never representative of the subaltern, and are now, with the advent of globalization, functionally obsolete [...]. In the second case, the question is instead whether subaltern studies can contribute to organizing a new form of hegemony from below—what [Ranjit] Guha calls a “politics of the people” (103).

En las páginas que siguen estableceremos un diálogo entre la teoría posthegemónica de filiación deconstruccionista, desarrollada extensamente por Jon Beasley-Murray en *Posthegemony: Political Theory and Latin America* (2010), y el “postsubalternismo” propuesto por Beverley en *Latinamericanism after 9/11* (2011). Interesa particularmente estudiar cómo se piensan en cada una de estas articulaciones el papel del estado, la vigencia de la nación y las formas en que se pudieran seguir pensando los reclamos identitarios, territoriales y de representación que continúan generándose en los movimientos sociales latinoamericanos, cada vez más integrados a la estructura del estado. Intentaremos no perder de vista la especificidad del fenómeno venezolano, puesto que a veces parece funcionar como un caso límite para estas articulaciones teóricas.

Siempre hay algo que escapa

En un artículo titulado “Posthegemonía, o más allá del principio del placer” Alberto Moreiras sugiere comprender la posthegemonía como un campo de

reflexión acerca de los límites de lo político, llegando incluso a proponerla como una teoría política “más allá, o más acá, del sujeto político” (1). Por su parte, *Posthegemony* de Beasley-Murray propone nuevos rasgos para definir un campo teórico capaz de reconfigurar e incluso trascender nociones como pueblo, estado, representación, sociedad civil y, sobre todo, hegemonía, las cuales definieron durante años el carácter de gran parte del latinoamericanismo y de los estudios subalternos. A partir del cruce entre el concepto de multitud de Antonio Negri y Michael Hardt, la noción de *habitus* descrita en la obra sociológica de Pierre Bourdieu y el afecto como es entendido por Gilles Deleuze en algunas de sus obras principales, Beasley-Murray intenta crear un nuevo instrumento de interpretación de los procesos sociales latinoamericanos, apartándose explícitamente de cierto exceso de racionalismo que, según su opinión, ha impedido a la teoría lidiar efectivamente con materias tan volátiles como la política en Latinoamérica.

Sabemos que para Negri y Hardt la multitud es un sujeto social colectivo conformado por singularidades que actúan en común, sin mediación, y que existe siempre en tensión no solo con la soberanía del estado-nación sino con cualquier otro sistema político o económico regional o globalizado. La multitud es, para Negri y Hardt, un modelo alternativo e immanente de la democracia capaz de resistir el orden impuesto por el contrato social (*Multitud* ix-xiii, 160-161). No obstante, en la obra de Beasley-Murray vemos cierto ajuste en esta noción, que permite al autor incluir una característica que no aparece lo suficientemente desarrollada en los libros de Negri y Hardt: la capacidad que posee la multitud de devenir una fuerza destructiva o “a bad multitude, a truly monstrous and corrupt figure of devastation and destruction” (257). Negri y Hardt —comenta Beasley-Murray— no reconocen lo suficiente esa ambivalencia, demostrando un exceso de fe en el carácter liberador de la multitud y afirmándola a cada paso de manera poco crítica (258). El autor retoma así un rasgo que la multitud conserva en la obra de Spinoza, donde es entendida como un poder colectivo capaz de reemplazar eventualmente al soberano, pero que se convierte en *turba* si se deja gobernar por la emoción (241-257).

Si bien *Posthegemony* no nos ofrece una forma efectiva de diferenciar la multitud buena de la mala, sí nos da algunas pistas: “The multitude’s expansion can hit a limit, however contingent, and bring death rather than life” (257), “There are combinations of bodies that prove singularly explosive, however much of their internal operations correspond to the logic of the good encounter” (257). Como en el caso del puente de Tacoma, derrumbado en 1940 al alcanzar un punto máximo de oscilación (270), la diferencia entre multitud buena y mala sería una diferencia de intensidad, del grado de expansión que adquiera la fuerza de los

“buenos encuentros” spinozianos. No se estaría trabajando en esta teoría con la noción moderna de un sujeto racional, transparente, que acepta condiciones y reproduce los esquemas pedagógicos de la teoría política como si partiera siempre de una *tabula rasa*. Precisamente por ello el autor hace énfasis en la multitud como coordinada desde la cual puede activarse una política del contacto a partir de la pura contigüidad entre *cuerpos* que, gracias a la potencia colectiva de los afectos y de la cohesión que es capaz de brindar el *habitus*, sea capaz de deshacer los aparatos de captura de la soberanía.

Beasley-Murray logra presentar esta conjunción entre hábitos y afectos como un cruce de fuerzas que funciona en los regímenes populistas para domar la multitud y asegurar de una forma más efectiva la soberanía y el orden social. De esta manera el poder en el populismo no sería únicamente un ejercicio discursivo alrededor del significante “pueblo”, sino una práctica específica del afecto y del *habitus*, una forma más de administrar cuerpos dentro de la sociedad, reterritorializando constantemente la pura movilidad de la multitud: “Social order was never secured through ideology” (ix), “More clearly than ever, power works directly on bodies, in the everyday life that once appeared to be a refuge from politics” (xiii). En esta perspectiva las elaboraciones ideológicas y discursivas normalmente atribuidas al poder quedarían en un segundo plano. Este sería un poder ejercido desde el cuerpo, a partir de la multiplicidad de sus potencias e intercambios. Así como la hegemonía siempre ha sido posthegemonía (ix), para Beasley-Murray la política siempre ha sido biopolítica (284).

En *Posthegemony* el “pueblo” no es el único significante que la multitud constantemente deshace. Casi todo sujeto político constituido desde la masa, la clase o cualquier otro tipo de identidad puede terminar siendo un intento más de absorber la multitud a través de los mecanismos de la representación, que significa en este caso no solo una ficción sino también una trampa, una pieza dentro del aparato de captura del soberano (271). La multitud es por definición algo irrepresentable, una fuerza pulsional que excede cualquier proyecto racional o racionalizante, una fuerza que excede incluso la formulación misma del estado y de la soberanía.

En el diagnóstico de Beasley-Murray, sin embargo, no queda del todo claro cuáles serían las posibilidades de acción que la multitud —ese sujeto inmedible, irrepresentable e incartografiable— mantendría frente a la estructura real y concreta del aún vigente estado-nación, conformada por los aparatos burocráticos e ideológicos que continúan influyendo en la vida social del continente. Además

tendríamos que preguntarnos —ante este sujeto que es solo una acumulación desterritorializada de cuerpos y que se resiste a cualquier lógica que no sea la del enjambre— por el papel que cumplirían, en esta nueva forma de entender la política en Latinoamérica, los movimientos sociales que aún se esfuerzan activamente (incluso desde dentro de los gobiernos de la *marea rosada*, como en el caso de Bolivia) por legitimar reclamos identitarios y territoriales a través de mecanismos de representación política.

La persistencia del Estado

En *Latinamericanism after 9/11*, Beverley se aproxima al fenómeno de la marea rosada entendiéndolo como un resurgimiento de la figura del estado en la política latinoamericana propiciado por el debilitamiento del neoliberalismo en la región, el fin del Consenso de Washington y la reorientación de los intereses de Estados Unidos hacia el Medio Oriente tras los ataques del 11 de septiembre de 2001. Valiéndose del término asociado al pensamiento de Alain Badiou, Beverley considera la emergencia de los nuevos gobiernos de izquierda (entre los cuales Bolivia y Venezuela serían los casos paradigmáticos) como un *evento*, es decir, un acontecimiento que, aunque impredecible y caótico, es capaz de abrir nuevas posibilidades de interpretación de la realidad. El también llamado *left turn* significaría para la política en Latinoamérica una restitución del estado como lugar de afirmación identitaria y como un espacio posible para responder y canalizar reclamos sociales, integrar sujetos y movimientos y reconocer los derechos de las clases subalternas. Estas consideraciones le permiten retomar la institucionalidad del estado como posible figura para dar cuerpo al subalterno, manteniendo los movimientos sociales como modelos de funcionamiento de la sociedad en los cuales es posible un individuo que articule racionalmente formas democráticas de integración.

La marea rosada, entendida como síntoma de la restitución del papel del estado-nación y especialmente como una nueva encarnación del estado en Latinoamérica —esta vez dirigido mayormente por las clases subalternas—, también significa para Beverley la necesidad de un cambio de paradigma disciplinario. En las páginas iniciales de *Latinamericanism* el autor se enfrenta al reto de reconfigurar su propio campo de reflexión para resolver una contradicción crucial: “subaltern studies itself has become—oxymoronically—part of the state” (11). Por esta razón debe entenderse la necesidad de proclamar un nuevo campo —llamado postsubalternidad o postsubalternismo— como resultado de este conjunto de contradicciones generadas en el *evento* de la marea rosada y no únicamente como una respuesta a los postulados de la teoría posthegemónica de Moreiras, Beasley-Murray y otros. El postsubalternismo de Beverley tampoco involucra

necesariamente una expansión del concepto de lo político ni una transformación de la idea de representación, sino que propone retomar los movimientos sociales como actores ante cuyos problemas la lógica de la rama deconstruccionista parece quedarse sin respuestas por estar aferrada a la noción de multitud como sujeto irreducible a la representación.

En *Multitud*, Negri y Hardt vaticinaban: “La multitud va a crear, a través del Imperio, una sociedad global alternativa” (20). Para Beverley, no obstante, la idea de la multitud como sujeto supranacional y globalizado se parece peligrosamente al sueño liberal de la desaparición del estado (*Latinamericanism* 27). Beverley se posiciona contra la noción de multitud por su riesgo de convertirse en un nuevo “sujeto universal” como el proletariado en su concepción marxista ortodoxa (32). Explica, además, que el reclamo por la ciudadanía global tiene como prerrequisito la existencia misma de Imperio —entendido como un nuevo orden transnacional del poder y de la soberanía—, por lo que multitud e Imperio terminarían siendo instancias cómplices que hacen imposible de antemano cualquier vía de escape de la lógica del actual orden mundial (28).

En el enfoque de Beverley el problema global de la migración y de las diásporas —asuntos centrales en la obra de Negri y Hardt—, así como la situación de las comunidades desplazadas o amenazadas, presenta otro tipo de problemáticas en las cuales la identidad territorial aún se presenta como fértil para lograr ciertas conquistas políticas. Debemos recordar en este punto las observaciones que Negri y Hardt hacen en *Empire* acerca de la potencialidad emancipadora que históricamente han tenido los “nacionalismos subalternos”, entendidos como espacios posibles de resistencia ante las expansiones imperialistas de otras naciones. Aunque, como sabemos, Negri y Hardt prefieren en todo momento trascender la idea territorial, biológica y lingüística de la nación⁴, admiten: “In cases of diasporic populations, too, the nation seems at times to be the only concept available under which to imagine the community of the subaltern group—as, for example, the Aztlán is imagined as the geographical homeland of ‘la Raza’ ” (107). De acuerdo con estas ideas sí existiría —incluso tras la conformación del Imperio como nuevo orden mundial— la posibilidad de pensar la nación como un espacio de lucha: “the nation appears as progressive insofar as it serves as a

4 “[P]hysical territory and population were conceived as the extension of the transcendent essence of the nation. The modern concept of nation thus inherited the patrimonial body of the monarchic state and reinvented it in a new form. [...] This uneasy structural relationship was stabilized by the national identity: a cultural, integrating identity, founded on a biological continuity of blood relations, a spatial continuity of territory, and linguistic commonality” (Hardt y Negri, *Empire* 95).

line of defense against the domination of more powerful nations and external economic, political, and ideological forces” (106).

Una nación para el subalterno

Cuando Beasley-Murray define la multitud como “an ambivalent and treacherous social subject that refuses all pacts and all solidarity” (xix), está dándonos a ver no solamente un rasgo relacionado con su herencia deconstruccionista, sino también otro de sus puntos de desencuentro con la rama de los estudios subalternos que aún defiende la posibilidad de crear un bloque hegemónico latinoamericano a partir de una institucionalidad *solidaria* con las identidades subordinadas. Ante tales posturas Beverley se pregunta si el radicalismo de la posthegemonía no contribuye más bien a disolver la nueva serie de posibilidades que se abren para el subalterno en la política latinoamericana del siglo XXI.

En su artículo “El ultraizquierdismo: enfermedad infantil de la academia”, Beverley señalaba la presencia en la obra de Moreiras y Beasley-Murray de “una visión implícita de América Latina como una forma de lo sublime romántico” (8). Posteriormente, en *Latinamericanism* el autor va incluso más allá y asegura: “the deconstructive articulation of subaltern studies involves in effect a rejection of the political as such, and therefore of the possibilities of political agency and creativity from subaltern-popular positions” (113-114, énfasis mío). Si para Beverley la teoría posthegemonica no tiene instrumentos para pensar el problema del resurgimiento de los nacionalismos en Latinoamérica, es precisamente porque según su perspectiva dicha aproximación trabaja la relación entre el subalterno y la globalización como una interacción desterritorializada, irracional y siempre al margen de la ideología, que por temor a caer en la trampa de la representación rehúsa a cristalizar en el espacio de lo social.

Hemos sugerido que para Beverley el subalterno puede ser efectivamente representado y el estado puede funcionar para responder a reclamos sociales diversos, si bien con la condición —claro está— de que se reformulen algunos de sus funcionamientos. Hacia el final de *Latinamericanism*, el autor establece un posible plan: “The challenge that confronts the marea rosada if it is to move forward rather than recede is to generate, *first, the idea* and, second, the institutional forms of a different state” (125, énfasis mío). Antes que nada, entonces, la teoría. Pero aunque Beverley nos ha dicho incluso, unas páginas antes, que su propuesta se apoya en la necesidad de repensar la idea del estado y de lo nacional-popular “from the perspectives opened up by subaltern studies” (111), ya en las primeras páginas de su libro nos ha advertido:

This redefinition [of the nation] cannot come principally from the economic and cultural elites, nor from the tradition of the Latin American “lettered city”, nor, on the whole, from the remnants of the historical Left, because in essence all these sectors remain anchored to the project of modernity that has produced and maintains Latin America as it is today. It requires, instead, a political and cultural intentionality that arises from “others” (23).

Ambas posiciones parecen contradictorias: en primer lugar, se afirma que una disciplina académica como los estudios subalternos —que además ya puede decirse que forma parte del estado— es capaz de generar una nueva idea de nación, y al mismo tiempo se rechaza la autoridad cognitiva de la “ciudad letrada” y de las élites culturales. El punto clave que resuelve esta contradicción es que en el postsubalternismo es fundamental la necesidad de abandonar la teleología de la modernidad y el paradigma positivista del *progreso*, entendidos como las causas que en primer lugar han reforzado la condición subalterna de las naciones latinoamericanas en el contexto del capitalismo global y que sustenta tanto a la ciudad letrada (o al llamado neo-arielismo) como a ciertas élites dentro de la vieja izquierda.

Manteniéndose fiel a la tradición iniciada particularmente por la figura de Ranajit Guha, fundador del Grupo de Estudios Subalternos de Asia del Sur, Beverley entiende la identidad social y política como un terreno sólido desde el cual el subalterno puede transformar las relaciones de dominación que definen su experiencia de lo político (*Subalternity* 84-85). Así, deja por fuera la dimensión micropolítica de los hábitos y de los afectos —que movilizan a la multitud en la teoría posthegemónica— para restituir la importancia de las políticas identitarias —“...the politics of the subaltern must be, at least in some measure, ‘identity’ politics” (*Latinamericanism* 27)—, sin dejar de interpelar constantemente el diseño y los funcionamientos del estado, así como los reclamos del subalterno frente a la nación y al orden internacional (41). Las “communities of will” de Otto Bauer le permiten asimismo pensar identidades no reificadas ni esencializadas, capaces de agrupar voluntades y destinos a través de la figura del “multinational state” (33-34), o como en el caso —ejemplar para Beverley— del Estado Plurinacional de Bolivia (16).

Es así como en la política del postsubalternismo nunca deja de ser un ejercicio de principal importancia interpelar la hegemonía cultural de la nación, pero manteniendo las políticas de identidad como “the articulating principle of a new kind of ‘alliance politics’ that can contend for hegemony within the territoriality of the nation-state” (*Latinamericanism* 40). En este enfoque se hace esencial

participar activamente en la reformulación tanto del estado como de la nación, pero sin dejar de producir estrategias para articular las demandas del subalterno dentro de (y a contrapelo de) la globalización.

Beverley propone, finalmente, la fundación de “a people-state, or a state of the people” (125), caracterizado por una relación horizontal entre el pueblo y los funcionarios y representantes del poder, dejando intactas las contradicciones naturales de cualquier sociedad, y sin utilizar nunca la noción de “pueblo” para anular esa misma heterogeneidad en nombre de una supuesta unidad nacional (125). Aunque no se ocupa en explicar los aspectos prácticos de esta tarea, y por más que a veces parece excesivo su entusiasmo ante las posibilidades que puede brindar una estructura institucional como la del estado, sí se nos dan este tipo de pistas generales para comenzar a pensar nuevas alternativas. Está claro, además, que Beverley no propone un estado nómada, poroso ni desterritorializado, sino una serie de transformaciones tanto en la estructura del estado y en la composición cultural de la nación como en los modos mismos de pensar la relación entre teoría y política y entre el subalterno y el estado.

Coda: representación, identidad, territorialidad

La inclusión de los derechos indígenas en la constitución venezolana de 1999 y la creación en 2007 del Ministerio del Poder Popular para los Pueblos Indígenas respondió a la necesidad de remediar el carácter precario de la vida en las poblaciones indígenas venezolanas, específicamente en cuanto a sus deficiencias en vivienda, educación y salud. Pero un aspecto fundamental que define las formas de exclusión sufridas por estos grupos es la pérdida de territorios ante el poder económico de la clase terrateniente, específicamente las fincas ganaderas que se extienden por las tierras bajas de la Sierra de Perijá (estado Zulia) ocupando espacios que pertenecen ancestralmente a la comunidad indígena *yukpa*. Si bien los logros de la nueva estructura del gobierno demuestran, en un sentido general, que se ha avanzado en la dirección correcta, no se puede olvidar que la principal fuerza motriz —y que por momentos ha parecido la única— del lento y tortuoso proceso ha sido la indignación pública ante la muerte de nueve *yukpas* desde que comenzaron los conflictos, entre los cuales se cuenta el asesinato en marzo de 2013 del cacique Sabino Romero, el principal líder del movimiento indígena de la Sierra⁵.

5 Para más detalles al respecto se pueden consultar los artículos de Ewan Robertson, “Assassination of Venezuelan Yukpa Chief Sabino Romero Leads to Criticisms”, y de Edgar López, “Sabino Romero, el irreductible”, además de toda la documentación existente en Internet y en los archivos de medios de comunicación venezolanos tanto públicos como privados.

En este caso particular la Comisión de Demarcación de Hábitat y Tierras, el aparato diseñado por el gobierno para intentar resolver los conflictos territoriales entre ganaderos y *yukpas*, parece haber encontrado su propio límite —un límite de representación— en la naturaleza *oral* del reclamo de los indígenas. En una entrevista para Venezolana de Televisión realizada en 2012 con el periodista William Castillo, el líder *yukpa* Adolfo Maikishi explica que la cartografía realizada por el ministerio era deficiente, puesto que excluía los terrenos históricos, medicinales, de veneración y de caza que pertenecen ancestralmente a la comunidad:

La demarcación fue incompleta. No queríamos que se hiciera a la manera de ellos sino a la manera nuestra, con nombres toponómicos en los puntos de divisiones entre etnias. [...] Aquí tengo la evidencia que no fue consultado con nosotros. Aquí está el mapa [...] Así nos dividieron, ¿no? Nosotros queríamos era que... tengo la evidencia en otro mapa, que es mapa mental, donde trabajamos con los ancestrales, con los ancianos. Indicaron cuáles eran nuestros territorios ancestralmente. (7:23)

El *impasse* entre la letra de la institución gubernamental y el mapa oral y memorioso de los *yukpas* revela en la estructura del estado un funcionamiento por momentos indiferenciable de la lógica de una administración colonial. En este caso, al favorecer el archivo escrito, el estado inevitablemente funciona en contra del reclamo de representación institucional que la comunidad indígena le exige, arruinando la posibilidad de una relación verdaderamente horizontal entre el subalterno y el poder. “Nosotros hemos conservado siempre esa historia que no aparece en ningún mapa” (10:00), dice Maikishi, señalando elocuentemente la ausencia de una especie de cartografía crítica que permita legitimar estas demandas. El líder explica, además, que las demarcaciones hechas por el ministerio no fueron consultadas debidamente con los caciques de la Sierra, por lo que no solucionaban los principales problemas que enfrentaba la comunidad frente a la presencia de “los terceros”, es decir, los ocupantes extraños de sus territorios, fueran ganaderos, hacendados o integrantes de otras etnias vecinas como la *barí*: “¿Qué queremos nosotros? El territorio limpio de los terceros. Eso es lo que queremos nosotros” (4:40-5:00). El anhelo de fluidez y la naturaleza incartografiable que, según la teoría posthegemónica, definen al subalterno, se muestra en la lucha de los *yukpa* claramente invertida, puesto que lo que vemos es la demanda directa de un conjunto de condiciones de representación, territorialidad e identidad de las cuales depende la supervivencia misma de la comunidad. No obstante, al mismo tiempo es evidente que este mismo caso nos obliga a hacernos una pregunta para la cual aún parece no haber respuesta: ¿puede el estado escuchar al subalterno?

Obras citadas

- Beasley-Murray, Jon. *Posthegemony: Political Theory and Latin America*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2010. Impreso.
- Beverley, John. “El ultraizquierdismo: enfermedad infantil de la academia”. *Alter/nativas* 1 (2013). Web. 10 mayo 2014.
- _____. *Latinamericanism after 9/11*. Durham: Duke University Press, 2011. Impreso.
- _____. *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory*. Durham: Duke University Press, 1999. Impreso.
- “El golpe suave en Venezuela en cinco pasos”. *Telesur*. 20 febrero 2014. Web. 10 mayo 2014.
- Hardt, Michael y Antonio Negri. *Empire*. Cambridge: Harvard University Press, 2000.
- López, Edgar. “Sabino Romero, el irreductible”. *El Nacional*. 5 marzo 2014. Web. 10 mayo 2014.
- Masó, Fausto. “Guerra civil de baja intensidad”. *El Nacional*. 29 marzo 2014. Web. 10 mayo 2014.
- Moreiras, Alberto. *Multitud: guerra y democracia en la era del Imperio*. Buenos Aires: Debate, 2004. Impreso.
- _____. “Posthegemonía, o más allá del principio de placer”. *Alter/nativas* 1 (2013): Web. 10 mayo 2014.
- Robertson, Ewan. “Assassination of Venezuelan Yukpa Chief Sabino Romero Leads to Criticisms”. *Venezuelananalysis.com*. 15 marzo 2014. Web. 10 mayo 2014.
- “Yukpa Sabino Romero en VTV. Yukpas solicitan a Chávez intervenir en demarcación de tierras”. Video online. *You Tube*. YouTube, 10 noviembre 2012. Web. 10 mayo 2014.